

# ESCALA EN LA ISLA DE LA RECOLECCION

Elmir Do Nascimento D'Andrade Freitas tenía poca conciencia de sus límites naturales. Aparte de saberse horizontal la mayor parte de las horas nocturnas y luego sucesivamente vertical y horizontal, más apto para el café que para el aguardiente, más propenso al coito que al onanismo, poco más sabía. Vivir era sostenerse permanentemente así, observando un ciclo ilimitado de posiciones. Ahora se rasca las axilas frente al espejo de su camarote y piensa en ducharse, para liquidar la acritud de sus tres valles de aulagas. Le basta mirar por el ojo de buey para, más allá del agua de la bahía, de los mástiles del Yatch Club que se reflejan en el aceite estancado, comprobar la tarde seguida de la noche adherente, igual en todo a la anterior, la barahunda de nativos que cantan el *bayuco* tradicional y mueven los pies sobre la hierba seca de los parterres del puerto. Bultos, mercaderías de trueque, la explotación mutua tan pronto se oye la orden de colocar la pasarela. Tienen los habitantes de estas islas, a falta de metales nobles, copra o carey, el fruto carmín parasitario de las higueras de Barbaria. La sangre de estos huéspedes, convertida en tinta para los alimentos de la Metrópolis, se carga en barriles dos meses por año. Elmir do Nascimento mete en su billetera la mitad de la última paga, escribe en su tablilla-ficha la hora de salida y la hora límite de regreso a bordo. Se pierde entre los bultos del muelle, costea los hangares cubiertos que servían para guardar las mercaderías de una época floreciente y hoy están desiertos, las chozas de madera entre las pilastras, donde deben dormir los estibadores, los tubos de neón ya inservibles a lo largo del cobertizo. Sale luego de zona portuaria y se adentra en la ciudad. ¿Va a ser su primera escala en Recolección un estúpido merodeo entre aquellas calles llenas de comercios clausurados por la penuria, por aquellos templos de Venus

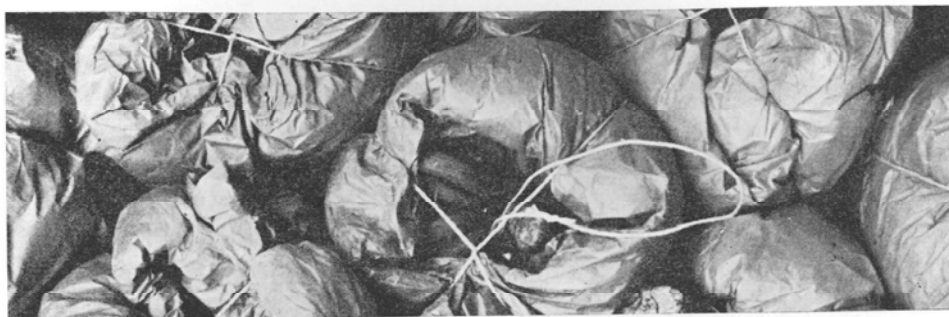
sin oficiantes —pues ya la prostitución ha sido ruralizada—, el borde de una playa llena de algas putrefactas? Sin embargo, había oído decir de la Ciudad de Ausentes los datos que tripulación y estibadores pasaban como de primera mano. Este desierto de ventanas cerradas, umbrales salitrosos, escaparates con mercancías que, tiempo atrás, cruzó un río de gente atareada en fiebre de cosmopolitismo. Los vehículos de menos de seis plazas, retirados de las calles, habían sido amontonados en solares, para extraer piezas útiles a los vehículos colectivos y hacerles más practicables las vías. Sólo las personas oficialmente imposibilitadas para la recolección debían aguardar en sus casas la vuelta de las brigadas y cuidaban de comida y ropa para justificar la exclusión en el sistema de turnos. Para encontrar mujeres sanas había que ir a los campos, prestarse al desdén monetario de las nativas, burlar la vigilancia o, en todo caso, sorprender a las que miraban, tras las persianas de Ciudad de Ausentes, con algún vestido del siglo pasado traído a propósito de los roperos de buhardilla del Continente, pues era la moda que primaba aún en Recolección. Como también eran objetos de trueque comercial aquellas piezas de recambio de modelos antiguos que servían a los nativos para poner en funcionamiento sus aparatos inservibles, los útiles lujosos abandonados al óxido, que seguían ellos conservando en sus lugares de función original para perpetuar el espíritu del siglo donde se habían parado. El grumete Romao Merenho le contó cómo había conseguido una tarde a una nativa por medio de un transformador de corriente que procedía de un taller continental, para echar a andar el refrigerador casero. Romao sospechaba que no habría castigo si llegaba a saberse el trueque por las autoridades, pues las leyes orales de aquella gente individualizaban toda responsabilidad ajena al propio trabajo de recolección. De modo que Elmir Do Nascimento, queriendo conocer de cerca la empresa que ocupaba a los habitantes de Ciudad de Ausentes, pagó su billete en el viejo auto-pullman y se arrellanó en su asiento. Pasaron la zona de la capital construída en la ampliación del siglo anterior. Jardines, piscinas y clubes sin función visible desde tiempo atrás, arrumbados de mugre y hojarasca. Palmas reales brillando sobre una colina sin la costra que la combustión de hidrocarburos —sistema aún empleado en la isla— adhería a las hojas de los vegetales en el Continente, según los tratados ecológicos, antes de extenderse el empleo de la energía magnética movilizable. Un puente volante había sido tapiado en sus laterales y funcionaba como silo de las semillas olcaginosas de tártao, segunda exportación del país. Sólo los cuadros de museos y las

páginas de calendario, que Elmir pudo ver a través del vidrio polvoroso de los escaparates, mostraban los frutales que un día enriquecieron a la isla. Entonces —contaba todo el que conocía la relación oral— vino la Gran Seca, el Decenio Sin Agua, y cambió todo, espoleado por el bache continental que ya era historia con fecha remota.

Aparecieron al fin los campos de cultivo. A ambos lados de la maltrecha autopista, nativos y nativas, con sombreros de palma y altas cofias ovales de lienzo que les rodeaban la cara en sombras, se movían en torno a las plantas de Barbaria, separando con una espátula los bichos de sangre vegetal que iban cayendo, envueltos en pelusa perlada, en cubos colgantes del cuello, con correas de duros remaches, en un múltiple ejercicio donde parecían aplicar una paciencia étnica y cierta liturgia que, en el continente, se sabía proceder de la vendimia de muchos siglos atrás.

En el viejo restaurante de autoservicio donde entró a comer tubérculos, frutos secos y pescado, que le apetecían entre las increíbles viandas de aquel pueblo con hábitos de nutrición degenerada, vio el valle a través del ventanal. Sombras pardas de cercal inútil, espigado a poco de nacer, crestas volcánicas molturadas por la inclemencia erosiva de días y noches sin agua. Tuneras, clavadas a uno y otro lado, en los lugares privilegiados por la sombra. Entraban a almorzar muchachas isleñas de piel soleada y otras de piel lechosa que descendían de residentes escandinavos bloqueados en la Isla de la Recolección cuando el Bache Continental, cuyo regreso por las líneas aéreas habían aplazado y, después de arreglos laboriosos, anulado. Elmir eligió con la mirada a una rubia briosa que llenaba una jarra de agua en el grifo de la sala comunal. La muchacha le devolvió la mirada con el mismo grado de inteligencia donde decía aceptar los principios que la comunidad estableció para relaciones con extraños fugaces, según los cuales la única posibilidad que Elmir tenía de rodar con una nativa pasaba por su compromiso con una brigada de Recolectores Temporeros. Con lo que Elmir comprendió que tendría que seguir tumbándose a la mar y decidirse por el aguardiente, ante café tan caro, dos años de verticalidad y muchos higos secos de Barbaria, por un sorbo breve de aquella carne sudorosa.

De regreso a su camarote, Elmir Do Nascimento oye el *bayuco* de los nativos en un hangar del muelle. Es el poniente y empieza



la fiesta triste del Regreso. Si se hundiera también la economía urbana en el Continente le sería difícil pasar por muchos de los hábitos que aquí ha visto. Se agota el día. El barco de Elmir pone rumbo a la isla cercana, donde recogerán escoria cuprífera descubierta en los volcanes milenarios de la costa.

Lo último que imagina es una mano blanca y ruda que se desprende del asa oxidada de la jarra y le rodea la barbilla, comunicándole una aspereza indeseable. Lo último que ve Elmir do Nascimento a través del ojo de buey, cuando su barco se aleja de la costa, es la caravana de cómodos auto-pullmans del siglo anterior, los asientos descompuestos varias veces forrados con fibra vegetal cruda, mantenidos por el milagro de los recambios carnales, bajando la cuesta de una carretera que conduce a la Ciudad, donde las Brigadas de Recolectores descansarán para partir de nuevo a los campos de labor a la mañana siguiente. Los cristales de los auto-pullmans titilan con el sol cayente a cada vuelta de la carretera. La Ciudad de Ausentes se inyecta de sangre de cochinilla en barriles de faena, de pies indecisos sobre la hierba seca de los parques, sufren las lívidas junturas de las aceras.

El *bayuco* tradicional le recuerda el viejo *tanganillo* del siglo perdido y Elmir intenta superar la distorsión porque enfrente hay otra isla y va hacia ella.

ANGEL SANCHEZ

dic. '74